

Candidatos que hacen pensar a los norteamericanos

Entre “SANTA HILLARY” y “OBAMA, el que todo lo puede”

Michael Shifter

Vicepresidente de Diálogo Interamericano

Las interesantísimas elecciones primarias de los Estados Unidos, a punto de batir un récord Guinness por su duración, debido a la intensa contienda entre Hillary y Obama, son analizadas en típico-estilo-Michael Shifter.



En medio de esta interminable campaña presidencial, he estado recordando un debate televisado en 1979 entre Ronald Reagan y el autoproclamado defensor de los consumidores, Ralf Nader. Este último, armado de una lógica implacable y aportando evidencias científicas, advertía a los padres que los cereales que sus hijos estaban comiendo en el desayuno estaban llenos de químicos y no eran saludables. La audiencia escuchaba respetuosamente. Entonces vino el turno de Reagan: “Sabe usted, señor Nader —le dijo Reagan—: a veces la gente quiere comer cereales solamente porque saben bien”. La audiencia estalló en aplausos.

Desde ese momento sospeché que Reagan tendría buenas posibilidades de derrotar a Jimmy Carter en las elecciones de 1980. De hecho lo hizo sin dificultad, y cuatro años después venció también a Walter Mondale. Carter, Mondale, Michael Dukakis (1988) y luego Al Gore (2000) y John Kerry (2004) parecían sufrir en diferentes grados del problema de Nader, una tendencia a sentirse moralmente superiores y aparecer altaneros, seguros de tener todas las respuestas. Se les sentía distantes del norteamericano promedio. Entre los demócratas recientes, Bill Clinton ha sido la excepción. Ha combinado el dominio de los temas con una gran capacidad de sintonizar con el sentido común de la gente y ha tenido un oído político muy fino. (Claro, todo ello hasta esta campaña, en la que ha metido la pata y ha sido más un problema que una ventaja para Hillary.)

La pregunta es si Barack Obama tiene más en común con Kerry o, irónicamente, con Bill Clinton. En política, establecer una conexión psicológica es fundamental, y si bien Obama ha sido fuera de toda duda quien de

manera más exitosa ha entusiasmado a la juventud desde la época en que John F. Kennedy fue candidato, a la vez ha sido mucho menos exitoso en atraer al núcleo duro de los votantes del Partido Demócrata, a saber, la clase trabajadora blanca y especialmente las mujeres. A este sector se le conoce como los “Reagan Demócratas”, votantes que estuvieron identificados con el Partido Demócrata hasta finales de los setentas, cuando se cansaron de que les digan cómo debían vivir sus vidas. En otras palabras, la gente que simplemente quiere que los cereales sean sabrosos.

Es irónico, y a la vez intrigante para muchos, que en varios estados a Hillary Clinton le haya ido bastante mejor que a Obama en la lucha por capturar esos votos. Sus grandes cualidades han sido un gran dominio de los temas de fondo, una notable disciplina y una tenacidad que hasta sus críticos le reconocen. Sin embargo, muy difícilmente ella puede ser descrita como una mujer que se siente cómoda

continuar en la pelea —pese a que está detrás de Obama, tanto en el número de delegados como por la cantidad de votos recibidos— se debe también a la creciente primacía de los temas económicos en la campaña. Para muchos votantes “el cambio”, que es el eje del mensaje de Obama, puede ser riesgoso. En la medida en que las preocupaciones económicas crecen, hay cada vez menos interés en tomar riesgos y más demanda por soluciones a problemas inmediatos. A este nivel, Hillary cuenta con una gran ventaja: tiene a mano detalladas soluciones para cualquier tipo de problema imaginable.

Obama ha estado haciendo lo máximo posible para complementar su discurso poético de unidad y reconciliación, con el mensaje de que entiende los problemas de cada día y los deseos de los americanos comunes y corrientes. (Sus poco felices comentarios sobre los americanos en pequeños pueblos, “que se refugian en las armas y la religión como consecuencia de la amargura que

Es irónico, y a la vez intrigante para muchos, que en varios estados a Hillary Clinton le haya ido bastante mejor que a Obama en la lucha por capturar esos votos.

en los ambientes de la clase trabajadora, donde gusta tomar cerveza y whisky o cazar. El título de un artículo de una revista del *New York Times* de hace algunos años capturaba su imagen bien: “Santa Hillary”. No obstante, la personificación de la virtud en esta campaña ha terminado siendo Barack y no Hillary. (De hecho, quizá los Estados Unidos están incluso más avanzados de lo que pensábamos: ¡el primer candidato importante de raza negra a la Presidencia es cuestionado por ser un “elitista”! Es que Obama es visto con sospecha por haber accedido a una educación de primer nivel. No solo el racismo, sino también el antiintelectualismo, están empezando a mostrar sus feos rostros en esta campaña.)

Esta capacidad de Hillary para sintonizar con la sensibilidad cultural de un sector clave de los miembros del Partido Demócrata ha sido mucho más eficaz que lo que trató de vender como su principal ventaja: su experiencia. Eso no pegó. Su experiencia como Primera Dama no convence a muchos votantes. La habilidad de Hillary para

viven”, ha hecho este desafío aun más difícil.) Incluso así, a Obama le ha ido excepcionalmente bien, y no solo con los jóvenes, sino también con los profesionales de altos ingresos y, por supuesto, con los afroamericanos, que han votado por él en una abrumadora mayoría. A pesar de sus apreciables esfuerzos para presentarse como un candidato de todos los norteamericanos, que circunstancialmente es negro, desafortunadamente el tema racial ha entrado en la campaña con saña.

Para que esto haya ocurrido hay muchos a quien culpar —incluyendo a los medios, a los republicanos y a los sorprendentemente desatinados comentarios de Bill Clinton—. Pero la aparición del controversial ex pastor de Obama, Jeremiah Wright, ha sido lo que realmente ha forzado el ingreso del tema. Hasta antes de la difusión de los videos con los feroces sermones de Wright en marzo —Obama fue miembro de la congregación de Wright en Chicago por veinte años—, nada remotamente dañino sobre el pasado de Obama se había conocido. (De hecho,

luego de una exhaustiva investigación, *The New York Times* concluyó que en sus memorias Obama había en realidad exagerado su uso de drogas cuando estuvo en la secundaria.)

Al comienzo Obama convirtió el problema de Wright en un punto a su favor. En uno de sus mejores momentos de la campaña y en uno de los más estupendos y sofisticados discursos de la historia reciente de los Estados Unidos, Obama enfrentó frontalmente el asunto de la raza de una manera en que no ofendió a nadie y logró algo poco frecuente: hizo que los norteamericanos pensaran. El discurso del 18 de marzo ha sido un éxito en YouTube —un medio en el que Obama arrasa—, y un estimulante artículo de Gary Wills en *The New York Review of Books* (mayo del 2008) realizó incluso una comparación con otro famoso discurso sobre el tema (Cooper Union, New York, 1860) hecho por otro político de Illinois que buscaba la Presidencia: Abraham Lincoln.

El problema Wright, sin embargo, no desapareció. Al final de abril, en un intento por reivindicarse, el antiguo pastor de Obama apareció en los medios y su lenguaje provocador forzó finalmente a Obama a tomar una posición más firme. Aun con el daño que este tema le ha causado, y pese a que la distancia entre los dos contendores demócratas se ha acortado, ahora que las primarias se acercan a su fin (¡gracias a Dios!) parece que será Obama y no Clinton quien terminará siendo el candidato. Es casi un consenso que cualquier intento de desafiar la voluntad de los votantes en las primarias del Partido Demócrata y quitarle a Obama la nominación —sobre la base de que Clinton sería más “elegible” debido a sus resultados en los grandes estados y entre los trabajadores blancos— causaría un daño severo al partido, especialmente entre los votantes afroamericanos, llevando a muchos de ellos a ausentarse de la elección en protesta.

Los argumentos de Obama para ser el nominado del Partido Demócrata son muy importantes, especialmente en la medida en que las encuestas indican que le va bien en una contienda uno a uno con McCain, quien será el candidato republicano. Hasta hace poco el sentido común popular era que la prolongación de la primaria demócrata era buena para el partido y haría de Obama un candidato más fuerte para noviembre. De hecho, está aprendiendo a defenderse de los ataques en su contra, que de seguro se intensificarán en la campaña presidencial. Pero ahora último hay una creciente preocupación de que McCain se esté beneficiando por

el simple hecho de sentarse a mirar alegremente cómo Obama y Clinton continúan peleándose entre sí.

Las posibilidades para noviembre todavía favorecen al nominado demócrata, probablemente Obama. Los asuntos de fondo no pueden ser más beneficiosos para ellos. Más del 80% cree que el país está encaminado en la dirección equivocada, más del 70% desapruueba la gestión del presidente Bush en la economía, la que está en recesión y es ahora la principal preocupación de los votantes. Más de dos tercios piensan que la guerra de Irak, que no muestra signos de acabar, fue un error. Con los niveles de aprobación que hoy tiene Bush, históricamente los más bajos para un Presidente, cualquier republicano estaría en graves problemas.

Eso no niega que McCain tenga muchos puntos a su favor, incluyendo su destacada historia personal y su indiscutible coraje como prisionero de guerra en Vietnam. Es también un rebelde que ha desafiado a su propio partido en muchos asuntos (incluyendo la reforma sobre inmigración), y está conscientemente tomando distancia de los temas de Bush, incluyendo el desastroso manejo del huracán Katrina en Nueva Orleans.

Pero es a la vez, también, altamente vulnerable. La mayoría de los norteamericanos no están muy convencidos de su exageradamente optimista descripción sobre lo que pasa en Irak, una visión que más bien da cuenta de su talento en el género del realismo mágico. No tiene mucho interés en la economía, ni mucho conocimiento de su manejo. Además, su carácter explosivo y el tener 72 años de edad, lo que lo convertiría en el Presidente más viejo de la historia de los Estados Unidos, serán preocupaciones importantes sobre todo en contraste con la juventud y la ecuanimidad de Obama.

Aun asumiendo que Obama ganara, no queda claro que pueda ser capaz de sacar a los Estados Unidos del hoyo en el que se encuentra actualmente, tanto en el nivel doméstico como en el internacional. Heredaría enormes y quizá insuperables problemas. A un cercano amigo de un colega, que es negro, le gusta Obama muchísimo, pero ha decidido no votar por él. Dice que, tal como están las cosas, todo está configurado para que el próximo Presidente de los Estados Unidos fracase, y no quiere que el primer Presidente negro de los Estados Unidos tenga ese destino. Piensa que esto significaría que fuese el último. Este comentario da una idea de la profundidad y gravedad de los problemas que esperan al sucesor de George W. Bush.